

do menos, lo cual importaba sobremanera, debiéndose celebrar la paz del mundo en el término de seis semanas. Esta razón justificaba el viaje á Praga, pero no la partida en veinticuatro horas. Informes secretos y el aire forzado de Mr. de Metternich acabaron de revelarlo todo á la vigilancia de la legación francesa. Por noticias seguras supo Mr. de Narbonne que la corte de Viena aceleraba su partida á causa del temor de un ajuste directo de Francia con Rusia, y estas noticias le explicaban además los nuevos sentimientos que creía haber descubierto en Mr. de Metternich. Con efecto, Mr. de Narbonne había hallado al ministro austriaco muy tibio á vista de ojo, y era natural que así sucediese, pues si Mr. de Metternich se había escapado de nuestra alianza, como á fuerza de movimientos alternativos se escapa una serpiente de los apretones de una mano poderosa, no había desertado enteramente de nuestra causa, y con la cuerdisima intención de terminarlo todo sin guerra, había sostenido cerca de los coligados el sistema de una paz moderada, lo cual era arduo, y fundadamente llevaba á mal que tratásemos de ajustar una paz desastrosa para su patria, mientras se esforzaba por obtenerla muy aceptable para nosotros.

Por lo demás, casi no tuvo tiempo Mr. de Narbonne de hablar á Mr. de Metternich, y partido éste á toda prisa, se hallaba el 3 de junio por la noche con el emperador Francisco en Gitschín, residencia situada á unas veinte leguas de Praga. Al llegar allí encontró á Mr. de Nesselrode, que, sabiendo la partida de la corte, retrocedió camino para unirse á ella. Se conciben las palabras que pudieron dirigirse estos dos hombres de Estado á la sazón tan importantes. En nombre del emperador de Rusia y del rey de Prusia suplicó Mr. de Nesselrode á Mr. de Metternich que pusiera término á tan prolijas vacilaciones, que no dejara que los coligados fueran nuevamente batidos, pues si acontecía esto, se verían obligados á someterse á Napoleón ó á tratar con él á costa del Austria, á sancionar para siempre la dependencia de la Europa. Sobre todo aplicóse Mr. de Nesselrode á demostrar á Mr. de Metternich que Napoleón hacía traición á los austriacos, pues mientras éstos sostenían en ventaja suya el sistema de una paz moderada, aquél pensaba en sacrificarlos y en celebrar una paz ominosa para ellos. De consiguiente estrechó con instancia al ministro austriaco á imitar por fin el ejemplo de Prusia y á unirse en virtud de un tratado formal á los soberanos aliados. Mr. de Metternich no tenía necesidad de ser esclarecido ni excitado, pues lo estaba de sobra; pero este ministro, cuyo mérito principal ha estribado siempre en tener un espíritu sin frialdad al par que una política sin pasión, se adhería cada vez más al sistema de conducta que había adoptado, el de apurar el papel intermedio de árbitro, antes de pasar al papel de beligerante. Además de que este sistema de conducta satisfacía el honor del emperador Francisco, su honor de soberano y de padre, tenía además la ventaja de contemplar también al Austria, de proporcionarle el tiempo que necesitaba para armarse, y más que nada de hacer posible una conclusión pacífica, pues fuera un excelente resultado reconstituir la Prusia, restablecer la independencia de Alemania, recuperar la Iliria y la parte perdida de la Galitzia, sin correr los azares quizá funestos, nadie lo sabía entonces, de una nueva guerra con Napoleón.

Con una previsión profunda quería Mr. de Metternich evitar la eventualidad muy peligrosa de ver á todo el mundo, cansado de sus contemporizaciones, arreglarse á su costa, y también la eventualidad de ser batido por Francia, lo cual temía mucho á pesar de los sucesos del año precedente, y por este motivo aspiraba á tener con una mano á Rusia y Prusia, de modo que no pudieran escaparse, y á contener con la otra á Napoleón para hacerle aceptar una paz á que pudiera asentir la Europa.

Así dijo á Mr. de Nesselrode que se había comprometido á ser mediador y desempeñaría francamente este papel durante los dos meses que tenía delante; que respecto de Francia necesitaba indispensablemente pasar por el papel de mediador antes de llegar al de adversario; que hasta entonces no podía tomar partido; pero que si sus condiciones razonables de paz eran desechadas al cabo, luego que expirase el armisticio aconsejaría á su soberano que se uniese á las potencias aliadas, y que tentase un supremo y postrer esfuerzo para arrancar de la dominación de Napoleón á la Europa.

Lo que actualmente se prometieron á tenor de estas miras fué por parte de Rusia no dejarse seducir por el cebo de un ajuste directo, y por parte del Austria declarar la guerra el día señalado, si las condiciones de la mediación no eran admitidas por Francia. Aprovechándose Mr. de Metternich de la cercanía de Praga, llamó allí por veinticuatro horas á Mr. de Bubna, le explicó la situación de las cosas, le afirmó positivamente que aún no existían compromisos con los beligerantes, le autorizó para empeñar en apoyo de este hecho la palabra de honor del emperador Francisco, aunque facultándole también para significar de la manera más terminante que los compromisos se contraerían á la postre, si la duración del armisticio no se empleaba en negociar sinceramente una paz moderada. Al mismo tiempo encargóle que manifestara al gabinete francés que la mediación del Austria estaba formalmente aceptada por Prusia y Rusia, cosa que obligaba por tanto al mediador á pedir á cada cual sus condiciones y especialmente á Francia, á quien se rogaba que desde luego hiciera conocer la suya. En esta ocasión debía hacer presente Mr. de Bubna el deseo de Mr. de Metternich de ir en instante á Dresde, para terminarlo todo sobre el terreno en una entrevista cordial con Napoleón. Efectivamente, allí se podía acabar en algunas horas, porque si Mr. de Metternich lograba persuadir al emperador de los franceses, todo estaría dicho, hallándose los coligados en la imposibilidad de desechar las condiciones que Austria declarara aceptables.

Tales, y según se ve, tan importantes eran las cosas que Mr. de Bubna debía comunicar á Napoleón de vuelta en Dresde, y de las cuales sólo decía una parte á Mr. de Basano, sabiendo la inutilidad de las explicaciones con este ministro, que recibía y no formaba las opiniones de su soberano. Habiendo llegado Napoleón el 10 de junio, Mr. de Bubna entregó al día siguiente una nota para declarar que Rusia y Prusia habían aceptado oficialmente la mediación del Austria, que se ocupaba en pedirles sus condiciones de paz, y que se esperaba que Francia tuviese á bien enunciar las suyas. Esto no era más que plantear la cuestión para conseguir no la inmediata y cabal enunciaci6n de las condiciones de Francia, sino provocar las conferencias previas, las ex-

pansiones confidenciales, preliminar indispensable y más ó menos largo, según el tiempo de que se dispone, de las declaraciones oficiales y definitivas.

Si Napoleón deseara la paz, al menos la que era posible y cuyas condiciones sabía, no perdiera tiempo quedándole para negociar cuarenta días á lo sumo. Con efecto, se estaba á 10 de julio, y el 20 de julio expiraba el armisticio. Impulsado por su ardor de costumbre llamara á Mr. de Metternich á Dresde, tratara de arrancarle alguna modificaci6n á las proposiciones de Austria, lo cual era muy posible en el anhelo que la animaba de acabar pacíficamente, y enviara á este ministro una, dos y tres veces al cuartel general de las potencias aliadas, para allanar las dificultades de detalle, siempre numerosas en todo tratado, y que lo debían ser más en el que iba á abarcar los intereses del mundo entero. Pero daba testimonio evidente de que no la quería, aparte de las pruebas irrefragables contenidas en su correspondencia, el tiempo que estaba perdiendo y que iba á perder todavía. Según queda dicho, su proyecto se enderezaba á retardar lo más posible la hora de explicarse, á suscitar con este objeto cuestiones de forma, luego á aparentar que se enmendaba de pronto, cuando estuviera próximo á expirar el armisticio, á mostrarse propicio á ceder entonces, á conseguir en favor de estas manifestaciones pacíficas una prórroga de la suspensi6n de armas, á tomarse de este modo hasta el 1.º de septiembre para completar sus preparativos militares, á romper en esta época bajo un motivo hábilmente escogido y capaz de inducir al público á engaño, y caer de súbito sobre la coalici6n con todas sus fuerzas, á disolverla, y á restablecer más pujante que nunca su dominaci6n actualmente disputada. ¡Cálculo perdonable sin duda, y de que está harto llena la historia de los príncipes conquistadores, si se fundara en la realidad de las cosas!

Con estas miras no era aún tiempo de recibir á monsieur de Bubna y de responderle sí ó no acerca de las condiciones reducidas á un corto número de puntos, que no se prestaban á ambigüedades. Así Napoleón resolvió dejar que pasaran cuatro ó cinco días antes de admitir á Mr. de Bubna á su presencia y de responder á la citada nota, aplazamiento muy concebible si no se hubiera fijado ningún término á las negociaciones, y si para venir á un ajuste se dispusiera de meses y hasta de años, como había sucedido con el tratado de Westfalia. Pero perder cuatro ó cinco días de cuarenta para una primera cuesti6n de forma, lo cual suponía otras muchas, era decir de sobra lo que se quería, ó más bien lo que no se quería.

No obstante, Napoleón acababa de llegar á Dresde, cansado sin duda, abrumado de atenciones de todas clases, y en rigor se podía comprender que no recibiese el mismo día á Mr. de Bubna. Por otra parte, no había soberano en el mundo que estuviese más dispensado que él de plegarse á las conveniencias de otro, ni que se plegase menos. No tenían, pues, gran significado estas dilaciones de Napoleón respecto de Mr. de Bubna. Sólo demostraba con ellas que no tenía prisa, pues cuando la tenía eran iguales para su persona el día y la noche, la fatiga y el reposo, y no tener prisa de la paz en este momento equivalía á no deseársela. Mr. de Basano recibió el despacho de Mr. de Bubna, fingió hallarlo grave en demasía, dijo que se le respondería dentro de tres días

ó cuatro, y que al cabo de ellos Napoleón le daría audiencia y se explicaría sobre el contenido de la nota.

En este intervalo fué preparada y redactada la respuesta. De índole propia era á revelar las verdaderas disposiciones del gobierno francés, todavía más que el tiempo voluntariamente perdido. Ante todo se objetó á Mr. de Bubna que no tenía ningún carácter para entregar una nota. A la verdad este agente, recibido por Napoleón oficiosamente, y enviado á su lado por serle más agradable que otro cualquiera, y con especialidad por ser más agudo que el príncipe de Schwartzenberg, que lo era poco, jamás había sido formalmente acreditado, ni á título de plenipotenciario, ni de embajador, y por consiguiente carecía de calidad para presentar una nota; dificultad bien mezquina por cierto, dado que ya se habían cambiado con este personaje las más importantes comunicaciones. Sin embargo, redactó una primera respuesta para Mr. de Bubna, en la cual se sostuvo la necesidad de que la nota presentada llevase la firma de Mr. de Metternich para darla cabida en los archivos del gabinete francés, porque no tenía Mr. de Bubna título alguno capaz de imprimir carácter de autenticidad á la tal nota. Después de esta dificultad de forma, se suscitaron dificultades de esencia. Se refería la primera á la mediación misma. Expresábase que sin duda Francia había parecido dispuesta á admitir la mediación de Austria y aun prometido aceptarla; pero que una resoluci6n tan importante no podía suponerse ni deducirse de una simple entrevista, y se necesitaba un acta final, donde se determinara el objeto, la forma, la extensi6n y la duraci6n de la mediaci6n aquélla. Ni esto era todo. ¿Cómo se conciliaría la mediaci6n con el tratado de alianza? ¿Sería el gabinete austriaco mediador, esto es, árbitro, y árbitro á pronunciarse con las armas en la mano en contra de una parte ó de otra, según era costumbre que lo hiciese un mediador armado? ¿Qué venía á ser entonces el tratado de alianza de Austria con Francia? Sobre este punto había necesidad de explicarse. Finalmente, cualquiera que la extensi6n de la mediaci6n fuese, una cuesti6n había de forma sobre la cual no consentía el honor que se guardara silencio. Apoderándose el mediador de su papel tan de repente y hasta en ademán tan ejecutivo, ya anunciaba un modo de tratar que no podía convenir á Francia.

Con efecto, parecía que se afanaba por meterse entre todas las potencias beligerantes, por llevar sólo la palabra de éstas á aquéllas, no colocando jamás á unas en presencia de otras, y tal era á la verdad el secreto deseo de Austria para impedir el ajuste directo. Semejante modo de negociar no era admisible. Francia no reconocía en nadie el derecho de tratar por ella sus propios negocios. Portarse de esta suerte equivalía á imponerla una paz concertada con otros, y Francia, victoriosa tan largo tiempo hasta el punto de dictar condiciones á Europa, no se hallaba reducida á aceptarlas de cualquiera, y menos cuando volvía á mirarla con rostro propicio la victoria.

Por llegar á la paz de que necesitaba todo el mundo, se avenía á renunciar á dictar condiciones, si bien jamás consentiría en que le fueran dictadas, aun cuando para imponerla la ley se juntara toda la Europa.

Muchas notas se llenaron de tales quisquillas, y Napoleón llenó también á beneficio de ellas una larga



entrevista con Mr. de Bubna. Le concedió esta entrevista el 14 de Junio, y el 15 fueron firmadas y entregadas las notas. Mr. de Basano las acompañó con una carta personal para Mr. de Metternich cuyo tono se resentía de esencialmente contrario al objeto á que se aspiraba, porque Napoleón quería que se ganara tiempo, y la altanería del lenguaje no se adaptaba á conseguirlo. En esta carta imputaba á Mr. de Metternich el tiempo desperdiciado, se quejaba torpemente de que, habiéndose firmado el armisticio el 4 de junio, se hallaran el 15 tan atrasados, como si desde los últimos días del mes de mayo no se hubiese presentado en el cuartel general Mr. de Bubna pidiendo una entrevista sin poder obtenerla, como si Austria no se hubiese manifestado impaciente de provocar y de dar explicaciones sobre todos los puntos. Finalmente, acerca del deseo expresado por Mr. de Metternich de ir á Dresde, sin eludirlo Mr. de Basano, contestaba de una manera apenas urbana, que aún estaban las cuestiones demasiado poco maduras para que una entrevista de Mr. de Metternich con el ministro de Negocios extranjeros, ó con Napoleón en persona, pudiese tener la utilidad que esperaba ahora y que era de esperar más adelante.

Con estas respuestas se hubo de contentar Mr. de Bubna, y las mismas fueron enviadas á Mr. de Metternich á Praga. Un día se necesitaba para la ida y otro para la vuelta de esta capital de Bohemia, y si Mr. de Metternich y su soberano empleaban tres ó cuatro días en resolverse, ya lograba Napoleón llegar al 20 de junio sin que se le apremiara á entrar en nuevas explicaciones. Muy lícito sería á la diplomacia francesa invertir algunos días en decidirse relativamente al convenio por cuyo texto fuera la mediación aceptada, y algunos otros más para que se juntasen los plenipotenciarios, con lo cual se ganaría hasta el 1.º de julio sin abocarse con la diplomacia europea. Entonces bastaría mostrarse conciliador un instante, del 1.º al 10 de julio por ejemplo, para pedir fundadamente que la expiración del armisticio se trasladase del 20 de julio al 20 de agosto, y agregados los seis días para la denuncia de las hostilidades, ya se estaría á 26 de agosto, muy cerca de 1.º de septiembre, que era el plazo que Napoleón deseaba. Tales eran sus cálculos y los arbitrios puestos en juego para su logro.

Al par que sólo tiraba á perder tiempo en las negociaciones, no propendía por el contrario más que á emplearlo bien para dar cima á sus vastas combinaciones militares. Cuando contaba con la alianza ó la neutralidad del Austria, el primer proyecto de Napoleón consistía en avanzar sobre el Óder y el Vístula para repeler hacia el Niemen á los rusos y hacerlos volver á entrar en su casa vencidos y separados de los prusianos. Estando hechos todos los preparativos actuales bajo el supuesto de la guerra con Austria, no podía mantener los mismos planes, porque, avanzando sólo hasta el Óder, dejara á los ejércitos austriacos sobre sus flancos y sus espaldas.

Para la futura línea defensiva no le quedaba por conseguir más elección que la del Elba, ó el Rhin, ó el Main á lo sumo. Por razones de gran peso, y generalmente poco conocidas y mal avaloradas, prefirió el Elba. Ante todo conviene manifestar que trasladarse al Rhin ó al Main venía á ser casi una misma cosa,

porque describiendo el Main muchos rodeos por entre el país montuoso de la Franconia y viniendo después de un curso poco extenso á caer en el Rhin por Maguncia, sin duda podía servir para defender las avenidas de este río, cuando se peleaba con ejércitos de setenta ú ochenta mil hombres, pero no ofrecía tal ventaja desde que se combatía con masas de quinientos ó seiscientos mil soldados, pues al cabo de quince días se les desbordara por la derecha ó por la izquierda. De consiguiente no se debía considerar el Main más que como un anejo de la línea del Rhin, esto es, como el Rhin mismo, y sólo á este río y al Elba quedaba reducida. Planteada la cuestión de este modo, se hallaba casi resuelta. Retirarse hacia el Rhin en seguida, equivalía á hacer á Europa un abandono de territorio cien veces más humillante que los sacrificios que para otorgar la paz eran exigidos. Equivalía no sólo á abandonar las alianzas de Sajonia, de Baviera, de Wurtemberg, de Baden, etc., sino también las ciudades anseáticas, que se nos disputaban tan vivamente, y la Westfalia y la Holanda que no se ponían en tela de juicio, pues es de observar que, cuando se está sobre el Rhin, ni siquiera la Holanda se cubre. ¿Y cómo exigir en un tratado el protectorado de la Confederación del Rhin, si se declaraba, al retroceder sobre este río, la imposibilidad de defenderlo? ¿Cómo aspirar á las ciudades anseáticas, á la Westfalia y á la Holanda, si se reconocía la incapacidad de seguir las ocupando? Para elegir por campo de batalla este terreno, más valiera aceptar en seguida las condiciones de paz del Austria porque, renunciando á la Confederación del Rhin y á las ciudades anseáticas, se conservarían cuando menos sin disputa la Westfalia y la Holanda y se substrajera definitivamente el trono de Napoleón á todos los azares, y lo que aún era de más precio, la grandeza territorial de Francia. Aparte de estas razones, que políticamente eran decisivas, existía además otra que moral y patrióticamente las igualaba en peso, y consistía que retrogradando sobre el Rhin, se trasladaba á Francia el teatro de la guerra. De seguro, mientras el Rhin no fuera cruzado por el enemigo, se podía considerar que fuera de Francia se proseguía la contienda; pero la proximidad era tanta, que las provincias fronterizas experimentarían casi los mismos padecimientos. Además, alcanzando victorias sobre el alto Rhin, por ejemplo entre Estrasburgo y Maguncia, no estaba seguro Napoleón de que no se dejara forzar en su posición uno ú otro de sus lugartenientes más hacia arriba, y entonces se trasladaría la guerra á Francia, y no se hallaría en la situación de un conquistador batiéndose por la dominación del mundo, sino en la de un invadido limitado á batirse por la conservación de sus propios hogares. Repetimos que más valiera aceptar la paz acto continuo, pues sobre no ser humillante, y sí hasta infinitamente gloriosa, no exigía de Napoleón un sacrificio comparable al que le impusiera la retirada voluntaria sobre el Rhin. De consiguiente los que le censuran por haber adoptado la línea del Elba, harían mejor en dirigirle el cargo de negarse á aceptar la paz, ya que traía sacrificios de todas clases cien veces menores que la retirada inmediata sobre el río citado. Una vez admitido el designio deplorable de continuar la guerra por las ciudades anseáticas y por la Confederación del Rhin, no se podía evidentemente

seguir más que una conducta, la de ocupar y defender la línea del Elba.

Incapaz era el grande genio de Napoleón de engañarse acerca de este punto, y cerniéndose como el águila sobre el mapa de Europa, vino á caer sobre Dresde, como sobre la roca desde donde iba á hacer cara á todos sus enemigos. Pronto demostrará la relación de los sucesos que, si fué allí forzado, no consistió en el vicio de la posición misma, sino en la extraordinaria extensión dada á sus combinaciones, en el agotamiento de su hueste y en las pasiones patrióticas excitadas por toda Europa en contra suya. Seis años antes, con el ejército de Friedland, se mantuviera contra el mundo entero.

Aunque en su parte superior presentaba un obstáculo menos considerable que el Rhin la línea del Elba, tenía, sin embargo, la ventaja de ser menos larga, menos sembrada de accidentes del terreno, más fácil de recorrer interiormente para llevar socorros de uno á otro punto, y llena desde las montañas de Bohemia hasta el mar de sólidos apoyos, tales como Koenigstein, Torgau, Dresde, Wittemberg, Magdeburgo y Hamburgo. Algunos de estos apoyos requerían trabajos, y por esto Napoleón en sus cálculos militares, más profundos que sus cálculos políticos anhelaba prolongar el armisticio para reparar la falta de haberlo firmado. Se trataba de saber si apoyando la línea del Elba por su extrema derecha en las montañas de Bohemia, y si proporcionando Bohemia á Austria el medio de desembocar sobre la espalda de esta posición, era posible defenderse contra un movimiento giratorio del enemigo. Esta pregunta se dirigían muchos espíritus ilustrados, y se la dirigían en voz alta. Pero Napoleón, que á medida que su desventura empezaba á soltar ciertas lenguas tímidas, toleraba estas objeciones, hacía gestos de desdén cuando se le decía que su posición de Dresde podía ser rebasada por consecuencia de bajar sobre Freyberg ó Chemnitz los austriacos. Efectivamente, no se podía meter miedo con posición semejante al general del ejército de Italia, que hallaba allí agrandada la que había ocupado tanto tiempo en torno de Verona, y hallaba de nuevo en el Elba el Adige, en la Bohemia el Tirol, en Dresde á la misma Verona, y que fuertemente establecido por aquellos años en el desemboque de los Alpes, había caído sobre los que se le presentaban, por delante ó por detrás alternativamente, maltratando aún más á los que le acometían por la espalda. Con razón contestaba que no pediría al cielo más fortuna que la que, mientras él se hallaba apostado sobre el Elba, intentase la principal masa enemiga desembocar detrás de este río, pues correría sobre ella y la cogería toda entre el Elba y la selva de Turingia. Muy luego el próximo desastre de los coligados en Dresde patentizó la exactitud de sus previsiones, y si más tarde, según ha de verse, fué forzado sobre el Elba, no fué por la Bohemia, sino por el Elba inferior, que no supieron defender sus lugartenientes, y después de muchos contra-tiempos que le debilitaron de una manera pasmosa. Su pensamiento, siempre profundo y de alcance sin igual en tratándose de las altas combinaciones de la guerra, consistía en establecerse fuertemente sobre los diversos puntos del Elba, de modo de poderse alejar sin recelo algunos días, ya se necesitase ir al encuentro de la

masa que avanzara de frente, ya fuera preciso revolver de pronto sobre la que por Bohemia desembocara á la espalda, y en suma tornar á empezar con quinientos mil hombres, en contra de setecientos mil enemigos, lo que había llevado á remate en su juventud con cincuenta mil franceses en contra de ochenta mil austriacos, y los resultados probarán que, con elementos menos gastados, esta segunda vez triunfara como la primera la incomparable superioridad desus concepciones. ¡Pero no debía ser otorgada la gloria de renovar los prodigios de su juventud en más vasta escala, como para castigarle de haber abusado sobremanera de los hombres y de las cosas, de los cuerpos y de las almas!

Para que tuviera todo su valor la línea del Elba, forzoso era dedicar á la fortificación de los puntos principales el tiempo del armisticio, y darse prisa, ora se lograra ó no prorrogarlo. El primer punto era el de Koenigstein, sitio donde el Elba sale de las montañas de Bohemia para entrar en Sajonia. Dos rocas, la de Koenigstein y Lilienstein, situadas como dos centinelas avanzados, una á la izquierda y otra á la derecha del río, lo estrechan á su entrada en las llanuras germánicas, y dominan su corriente estrechísima por este paraje. Sobre la roca de Koenigstein, que caía hacia nuestro lado, esto es, á la izquierda del río, se alzaba la fortaleza de este nombre, dominando el célebre campo de Pirna, ilustrado por las guerras de Federico el Grande. Nada había que añadir á las obras de esta ciudadela, sólo que, siendo la guarnición sajona, hubo de atender Napoleón á renovarla poco á poco y sin afectación por tropas francesas. Ordenó que se acopiaran allí diez mil quintales de harina y se construyeran hornos, á fin de poder alimentar á diez mil hombres por espacio de nueve ó diez días, y se va á ver con qué designio. Sobre la opuesta roca, situada á la orilla derecha, la de Lilienstein, casi estaba por crear todo.

Napoleón dispuso que se ejecutasen trabajos rápidos, que permitiesen alojar allí con seguridad dos mil hombres, y encargó al general Roguet, uno de los más distinguidos de su guardia. Después hizo juntar el número de barcas para echar allí un puente sólido y espacioso, capaz de facilitar el paso á un ejército considerable, y que protegido por los dos fuertes de Lilienstein y de Koenigstein, estuviese al abrigo de todo ataque. Con su previsión profunda calculaba Napoleón que, si realizando los pronósticos de algunos espíritus alarmados, desembocaba desde Bohemia un ejército enemigo por la espalda, para atacar á Dresde, mientras él se hallara sobre Bautzen por ejemplo, podría pasar por Koenigstein el Elba, y coger de revés á aquel ejército imprudente. Muy luego se reconocerá cuán penetrante vista de lo por venir suponía precaución semejante.

Después de Koenigstein y Lilienstein, situados junto al desemboque de las montañas, venía Dresde, centro de las próximas operaciones, Dresde, que, según queda expuesto, iba á ser lo que en las guerras de Italia había sido Verona. Durante su última campaña de Austria, no queriendo exponer á Dresde á que fuera blanco de las operaciones del enemigo, y deseando ahorrar la prueba de un asedio á su plácido aliado el rey de Sajonia, aconsejó Napoleón á los ministros sajones que demolieran las fortificaciones de aquella plaza y las reemplazaran con las de Torgau. Por un descuido hartamente



común, se destruyeron aquéllas sin construir éstas, las cuales apenas se hallaban comenzadas. Sensible era sin duda, mas Napoleón enmendó la falta con trabajos, que, si bien improvisados, debían bastar á su objeto. Del recinto de Dresde quedaban los bastiones, y dispuso repararlos y armarlos. A las cortinas suplió con fosos llenos de agua y con fuertes empalizadas. Delante de Dresde, como en todas las ciudades ya antiguas, existían grandes arrabales, cuya defensa importaba tanto como la de la ciudad misma. Hízolos Napoleón envolver con empalizadas, y delante de todas las partes salientes de su circuito mandó construir reductos bien armados, flanqueándose unos á otros y ofreciendo una primera línea de obras difíciles de ser forzadas. A la orilla derecha, esto es, en el Neustadt, ciudad nueva, determinó la construcción de una serie de obras más ceñidas, y que muy pronto debían tener una vasta cabeza de puente, casi completamente fortificada. Dos puentes de madera, echados uno más arriba y otro más abajo del puente de piedra, servían con éste para las comunicaciones de la ciudad y de las tropas. Dispuestas así las cosas, treinta mil hombres debían sostenerse dentro de Dresde durante quince días contra doscientos mil acometedores, si se encargaba á un caudillo de gran carácter el mando. A estos medios de defensa añadió Napoleón inmensos almacenes, cuyo método de acopio daremos á conocer antes de mucho, así como extensos hospitales suficientes para el ejército más numeroso. Ya había diez y seis mil enfermos ó heridos en Dresde, y atendióse á que evacuaran este punto, para tener dispuestas las diez y seis mil camas que habían de quedar vacantes y además las que se agregaran de nuevo. Con los lienzos de la Silesia había para proporcionarse el principal material de estos hospitales.

Después de Dresde pensó Napoleón en Torgau y en Wittemberg. Profesaba la máxima de que con madera se puede todo, y que obras de tierra, provistas de fuertes empalizadas, son capaces de la más tenaz resistencia. Así suplió á lo que faltaba en las fortificaciones de Torgau y de Wittemberg, y dió las órdenes precisas para que se diese remate á estos trabajos en el término de seis ó siete semanas. Millares de aldeanos sajones trabajaban día y noche en Koenigstein, en Dresde, en Torgau, en Wittemberg.

Sobre estos dos últimos puntos, á la manera que sobre los otros, acompañaba el establecimiento de almacenes y hospitales á la construcción de obras defensivas. Nada ó casi nada había que hacer relativamente á las murallas de Magdeburgo, una de las plazas más fuertes de Europa; con terminar su armamento y componer su guarnición había bastante. Napoleón resolvió destinar un cuerpo de ejército á estos fines, sin inmovilizarlo del todo, antes bien atendiendo á que al par de guarnecer la plaza maniobrara en torno de ella y sirviese de punto de enlace á nuestras dos principales masas de operaciones, la del alto y la del bajo Elba. Con esta mira ideó transferir casi todos sus heridos y el depósito de caballería del general Bourcier á Magdeburgo. Ante todo importaba que nuestros heridos y el depósito de nuestras remontas en Alemania estuviesen al abrigo de todo ataque, y en un sitio que no estorbara el movimiento de nuestras fuerzas activas. Bajo estos diferentes aspectos presentaba Magdeburgo todas las ventajas

necesarias, porque á sus baluartes casi invencibles juntaba esta plaza numerosos edificios para hospitales y espacios libres para construir caballerizas de madera. Además, por su situación se encontraba casi equidistante de Hamburgo y de Dresde, y así constituía un precioso depósito entre los dos puntos extremos de nuestra línea de batalla. Tras de nombrar por gobernador al general Lemarois, su ayudante de campo y oficial inteligente y vigoroso, le dió por instrucciones sumarias que convirtiera á toda Magdeburgo en caballerizas y hospitales. Calculaba que haciendo bajar por agua á Magdeburgo á todos los heridos y enfermos que le molestaban en Dresde, y trasladando allí el depósito de caballería del general Bourcier, actualmente en Hannover, siempre tendría de quince á diez y ocho mil heridos ó convalecientes y de seis á siete mil jinetes desmontados, tres ó cuatro mil convalecientes curados y tres ó cuatro mil jinetes en estado de servir á pie, y capaces por tanto de suministrar á la defensa un cuerpo de guarnición de siete á ocho mil hombres constantemente seguro. De suerte que un cuerpo movible de unos veinte mil hombres, establecido en Magdeburgo, para enlazar allí nuestros ejércitos del alto y del bajo Elba, dejando cinco ó seis mil hombres dentro, podría llevar quince mil fuera, y hasta girar en torno á grande distancia sin que la plaza quedase comprometida. Se ve con cuán sutil y profundo arte sabía combinar sus recursos y los hacía concurrir al cumplimiento de sus designios.

Sin defensa quedaba desde Magdeburgo á Hamburgo el Elba, pues no había un solo punto fortificado de una á otra de estas ciudades, asunto que ocupaba á Napoleón desde el día de la firma del armisticio. Después de concebir diversos planes envió al general Haxo para comprobar sobre el terreno cuál de ellos sería preferible. Al cabo de un examen pausado, se atuvo á la idea de construir en Werben, más cerca de Magdeburgo que de Hamburgo, y en la cima del recodo que forma el Elba al torcer del Norte al Oeste y en su punto más cercano á la capital de Prusia, una especie de ciudadela hecha con tierra y empalizadas, provista de almacenes y de barracas y en la cual se pudieran mantener durante largo tiempo tres mil hombres. Finalmente Hamburgo fué objeto de su último y más importante cuidado.

Se necesitaba que esta gran plaza de comercio, que constituía uno de los principales motivos por los cuales se negaba á una paz urgente, fuese defendida, no sólo en palabras contra los negociadores, sino en obras contra los ejércitos coligados. Por desgracia faltaba tiempo, y allí como en otras partes no se podían ejecutar sino los trabajos más precisos. Diez años y cuarenta millones se hubieran necesitado para hacer de Hamburgo una plaza que, á semejanza de Dantzick, de Magdeburgo y de Metz, pudiera resistir á un largo asedio. Haciendo Napoleón reedificar y armar los bastiones del antiguo recinto, ahondar é inundar sus fosos, reemplazar sus muros por empalizadas, y enlazar entre sí las diferentes islas que rodean á Hamburgo, preparó allí un vasto establecimiento militar, mitad plaza fuerte, mitad campo atrincherado, donde un hombre firme, como lo probó el ilustre mariscal Davout muy en breve, pudiera oponer una larga resistencia. Debajo de Hamburgo y en el mismo desemboque del Elba quedaba el fuerte de

Gluckstadt, cuya custodia fué confiada á los daneses, reducidos entonces por causa de inicuos tratamientos á vencer ó á sucumbir con nosotros.

Así desde las montañas de Bohemia hasta el Océano del Norte se debía hallar la línea del Elba sembrada de una serie de puntos fortificados, de valor proporcional al papel de cada uno de ellos, y provista de puentes que nos pertenecían de un modo exclusivo, de suerte que se pudiese ir más allá ó volver más acá según conviniera, maniobrar, en suma, en todas direcciones y ofensiva y defensivamente. Aquí iba á recibir su aplicación más sabia la máxima de Napoleón, reducida á que no se debía sostener el curso de un río sino de una manera ofensiva, esto es, asegurándose de todos los pasos y proporcionándose el medio de atravesarlo á todas horas.

Fuerza era proveer al coste de estos trabajos, debiéndose pagar al contado si se habían de ejecutar pronto. Fuerza era juntar á los establecimientos militares que acababan de ser enumerados inmensos acopios, á fin de que las masas de hombres que se iban á mover sobre esta línea se hallaran provistas de cuanto les fuese necesario. En esto el espíritu ingenioso de Napoleón correspondió á su voluntad implacable de hacer sufrir á los pueblos las pesadas cargas de la guerra.

Se ha visto que previno al mariscal Davout que tomara cruel venganza de la rebelión de los habitantes de Hamburgo, de Lubeck y de Brema; que inmediatamente hiciera fusilar á los antiguos senadores, á los oficiales y á los soldados de la legión anseática, á los funcionarios de la insurrección que no hubieran tenido tiempo de evadirse; y que después formara una lista de los quinientos principales negociantes, á fin de tomar sus bienes y de mudar de propiedad, según su frase. Al expedir estas órdenes contó con el rigor inexorable del mariscal Davout, y también, para honor de ambos, con su probidad y buen seso. Éste llegó algunos días después que el general Vandamme, no halló ningún delincuente á quien pasar por las armas, y aun se compuso de manera propia á no hallarlo. La frontera de Dinamarca, situada á las mismas puertas de Hamburgo, ayudóle á salvar á todos los comprometidos. Anteriormente se habían efectuado algunas ejecuciones sensibles, pero fué en la época del primer movimiento insurreccional de febrero y en castigo de los indignos tratamientos usados contra los funcionarios franceses.

A dicha tuvo el mariscal Davout no fusilar á nadie. Faltaba formar la lista de proscripción, que no traería consigo la pérdida de la vida, sino de la hacienda, y esta providencia no le parecía más cuerda que la otra. Los hamburgueses culpables, ó presuntos tales, ocupaban en masa la pequeña ciudad de Altona, verdadero arrabal de Hamburgo, solicitando volver á sus casas, á cargo de Dinamarca, que no se quería comprometer con Francia, y haciendo falta á ésta, que deseaba y podía sacar de ellos grandes recursos, lo cual era de más provecho que tomar venganzas. A Napoleón ercribió el mariscal Davout que valía más indultar á los que regresaran dentro de un corto plazo, imponerles una fuerte contribución por único castigo, contribución que dirían no poder pagar al principio, que pagarían luego, limitarse á intimidarlos, y castigarlos por un lado sensibílísimo para ellos y utilísimo para las tropas, el del

dinero. En resumen la política que aconsejó á Napoleón fué no verter nada de sangre y sacar inmensos recursos.

Napoleón, que tenía afición á los grandes recursos y ninguna á la sangre, aceptó la transacción propuesta por el mariscal Davout, escribiéndole de este modo: *Si al día siguiente de vuestra entrada mandarais que fuesen fusilados algunos, estuviera bien hecho; ya es demasiado tarde. Más valen los recursos pecuniarios.* Así la guerra y el despotismo acostumbran á hablar á los hombres, aun á aquellos que no tienen ninguna crueldad en el alma. Determinóse, pues, indultar á todos los hamburgueses que regresaran en el término de quince días y secuestrar los bienes de los otros, y que la ciudad de Hamburgo pagara en dinero ó en especies una contribución de cincuenta millones de francos. Una pequeña parte de esa contribución debía pesar sobre Lubeck, Brema y los campos del 32.º distrito militar. Diez millones se hubieron de pagar al contado, veinte en bonos á plazo fijo; y sobre el resto se abrió una cuenta para satisfacer los caballos, los trigos, los arroces, los vinos, las carnes saladas, el ganado, la madera, que se iban á exigir á Hamburgo, Lubeck y Brema. A la misma cuenta se debía cargar el valor de las casas que iban á ser demolidas para construir las obras defensivas de Hamburgo. Mucho se quejaron los hamburgueses, y á Napoleón quisieron elevar sus lamentos; éste se negó á recibirlos, y ahora hallaron inflexible al mariscal á quien tuvieron por defensor pocos días antes. A pesar de todo pagaron la parte de contribución que se debía satisfacer al contado en dinero ó en especies. Esto era lo que más importaba á las necesidades de las tropas. Cerca de diez millones fueron enviados á Dresde, y para remontar el Elba fueron embarcadas grandes porciones de granos, de ganados y de bebidas espirituosas.

Ya que Napoleón se vió en posesión de estos recursos, los dispuso de modo de proporcionarse en todas las partes del río, y especialmente en Dresde, con qué alimentar á las numerosas tropas que iba á concentrar en este punto. En Dresde, centro principal de sus operaciones, quería tener para sustentar á trescientos mil hombres durante dos meses, y particularmente bastante reserva de galleta, que, llevada á espaldas de los soldados, permitiera maniobrar siete ú ocho días consecutivos, sin que detuviera la consideración de la falta de víveres. Para esto se necesitaban cien mil quintales de granos ó de harina en Dresde y ocho ó diez mil en Koenigstein. Cerca de setenta mil había en Magdeburgo, habiéndolos allí reunido durante el invierno todo, ya para el abastecimiento de sitio, ya para atender á la manutención de las tropas de paso. Napoleón dispuso que por el Elba se transportaran estos setenta mil quintales á Dresde, y se reemplazaran inmediatamente con una cantidad igual sacada de Hamburgo. Merced á combinación tan acertada, sólo tenían que andar la mitad del camino estas inmensas masas de especies. Se había echado de ver que el calor y el cansancio daban disenteria á nuestros reclutas, y que, poniéndolos á ración de arroz, se curaban muy pronto: así recogióse cuanto arroz había en Hamburgo, Lubeck y Brema, y también se tomaron bebidas espirituosas, ganado, caballos, carnes saladas, cueros, paños y lienzos. Estas materias fueron embarcadas por el Elba á tenor del